

¿SIGUEN SIENDO DAESH Y AL QAEDA UNA AMENAZA ESTRATÉGICA PARA LA COMUNIDAD INTERNACIONAL?

OFICINA DE ESTRATEGIA Y PROSPECTIVA

HANSI ESCOBAR.
DIPLOMÁTICO
N.º 13, ABRIL 2022

En la madrugada del pasado 20 de enero, dos camiones bomba irrumpían en la primera línea defensiva de la cárcel de Ghwayram, situada cerca de la ciudad de Hasaka, en el noreste de Siria. La prisión albergaba a unos 3.500 reclusos, muchos de ellos miembros del Estado Islámico en Iraq y el Levante (EIIL), organización conocida como Daesh, de los que 700 eran menores. Tras la irrupción de los camiones, 12 comandos de la organización tomaban la prisión, iniciándose un largo asedio por parte de las fuerzas democráticas sirias (FDS), la organización kurda que controla el noreste del país. Tras siete días de intensos combates, en los que participaron fuerzas de EEUU desplegadas en la zona, las FDS retomaron el control de la cárcel. Fuentes oficiales de las FDS reconocieron la muerte de 40 de sus soldados, 77 prisioneros y 374 miembros de Daesh. Anunciaron también que unos 200 militantes habían conseguido escapar de la cárcel. La organización terrorista elevó la cifra de soldados muertos a 286 y la de escapados a 600. Además, aseguró haber destruido 27 vehículos de las FDS.

La audacia de Daesh en Siria, golpeando la cárcel más importante del noreste del país y atacando simultáneamente a un destacamento del ejército sirio en la población de Rasafa, a unos 50 kilómetros de Raqqa, ha venido acompañada de un repunte de sus ataques en Iraq. A mediados de enero, Daesh atacaba a un puesto militar iraquí en la provincia de Di-



yala, causando la muerte de 11 militares. En diciembre, los insurgentes secuestraron a 4 cazadores en una zona montañosa del noreste de Iraq, entre ellos un coronel del ejército. Poco después emitían un video con la decapitación del oficial, recordando los peores momentos del Califato.

Algunos expertos auguran una nueva ola de violencia por parte del movimiento yihadista internacional tras la salida de las tropas de EEUU en Afganistán, que fue saludada por los medios yihadistas como un triunfo de los talibanes y un llamamiento a seguir la lucha contra Occidente. El EIIL y Al Qaeda central comparten, con sus afiliados en medio mundo, el liderazgo de ese movimiento que sigue activo en varias regiones del planeta. Sin embargo, la presión a la que han estado sometidas en los últimos años y sus diferencias de criterio, que han provocado el enfrentamiento de sus filiales en distintos escenarios, han debilitado al movimiento hasta el punto de que cabe preguntarse si Daesh y Al Qaeda siguen constituyendo una amenaza estratégica para la comunidad internacional.

CAE EL LÍDER DE DAESH

El golpe de Daesh contra la cárcel de Ghwayram tuvo una respuesta inmediata por parte de EEUU. El pasado 2 de febrero una operación de comandos acababa con la vida del líder de la organización, Abu Ibrahim al Hashe-



mi Al Quraishi, en Atmet, un pequeño pueblo situado en la región de Idlib, no lejos de la frontera turca. La residencia de Quraishi estaba tan solo 15 kilómetros de Barisha, el lugar donde cayó su predecesor, Abu Bakr Al Baghdadi, en octubre de 2019, lo que sugiere que EEUU posee buena información sobre el liderazgo y los métodos de trabajo de la organización. Aunque no ha tenido la repercusión mediática que tuvo su predecesor, Quraishi era un hombre muy importante en la organización, ya que fue la mano derecha de Al Baghdadi, que lo nombró sucesor poco antes de morir, y supervisó durante años tanto las operaciones militares como las financieras. Su desaparición no supone la decapitación de la organización, ya que Daesh siempre ha puesto a la ideología y la organización por encima de los líderes. Pero plantea un problema que también sufre Al Qaeda: la paulatina desaparición de los líderes históricos, que son los que han podido proyectar una autoridad global simbólica sobre los afiliados regionales.

Pese a la espectacularidad del asalto a la prisión, el EIIL no vive sus mejores momentos. Tras la desaparición del califato territorial como consecuencia de la batalla de Baghouz en 2019, la organización se ha replegado a los desiertos y zonas montañosas de Siria e Iraq. Se ha convertido en una insurgencia rural que sigue realizando ataques contra las fuerzas de seguridad y contra la pobla-

ción civil tanto en Siria como en Iraq. El día después de la caída del Califato, sus dirigentes prepararon y enviaron a muchos militantes a formar células durmientes al extranjero para conseguir el apoyo de otros movimientos insurgentes. Aunque su militancia en el teatro de operaciones se ha reducido sensiblemente, todavía cuenta con varios miles de combatientes (de 6,000 a 10,000 efectivos según las fuentes).

Sin embargo, las circunstancias que llevaron a Daesh a convertirse a partir de 2014 en un cuasi-Estado no se van a repetir. Ha perdido el favor de la población suní, la guerra siria se ha convertido en un conflicto congelado, y la comunidad internacional sigue presionando a la organización con la operación militar Inherent Resolve, auspiciada por la Coalición Internacional contra Daesh, de la que forma parte España.

AL QAEDA SE NIEGA A ASUMIR UN PAPEL SECUNDARIO

Frente al activismo del EIIL en los últimos años, Al Qaeda central ha mantenido un perfil mucho más bajo para evitar la localización de su núcleo dirigente. Pese a los reiterados anuncios sobre su fallecimiento, todo parece indicar que Ayman Al Zawahiri sigue al frente de la organización, escondido en algún lugar de la frontera entre Pakistán y Afganistán. Existen pruebas de que estaba

vivo en 2021. La organización ha perdido capacidad para realizar atentados en el exterior: su estrategia en los últimos años ha sido apoyar a filiales regionales dispuestas a hacer frente al EIIL, y no despertar el interés de la comunidad internacional, evitando los ataques contra Occidente.

La retirada de EEUU de Afganistán puede dar un respiro a la organización, que emitió un comunicado saludando el triunfo talibán. Desde entonces ha guardado un silencio estratégico para no poner en peligro el reconocimiento internacional del régimen. Sin embargo, la organización tiene buenos amigos en el nuevo gobierno, sobre todo en la red Haqqani, lo que le augura una mayor libertad de movimientos. Se sabe que Abdalah Bin Laden, el hijo de Osama, estuvo recientemente en Kabul. Al igual que el EIIL, Al Qaeda deberá renovar pronto su liderazgo. Todo parece indicar que Mohammed Salahaldin Abd El Halim Zidane, que estaría refugiado en Irán, se ha convertido en el principal candidato. La toma del poder por parte de los talibanes ha hecho más probable que el nuevo liderazgo tenga la opción de establecerse en el Afganistán en un futuro.

EL AUGE DE LAS INSURGENCIAS REGIONALES

Aunque Daesh central (EIIL) ha perdido fuerza en su principal teatro

Daesh no es hoy muy diferente de Al Qaeda central: una red descentralizada de franquicias armadas conectadas a través de un liderazgo global, más parecido a una agencia de relaciones públicas que a un centro de comando y control

de operaciones, la organización ha aumentado su alcance incorporando diversas insurgencias regionales. Cuando asumió el poder tras la eliminación de Al Baghdadi, Al Quraishi fortaleció el aparato exterior y consiguió mantener un mensaje coherente y capacidad para reclutar, aunque esta haya disminuido. Desde la desaparición del Califato, Daesh se ha centrado en ofrecer una guía estratégica a sus afiliados y simpatizantes a través de mensajes online y de la revista Al Naba, más que a través de órdenes y controles diarios.

Daesh lidera hoy una red de provincias activas en varios continentes, cada una de ellas con gran autonomía: los líderes regionales adoptan sus decisiones basándose en el contexto local. A fin de cuentas, Daesh no es hoy muy diferente de Al Qaeda central: una red descentralizada de franquicias armadas regionales conectadas a través de un liderazgo global, que se parece más a una agencia de relaciones públicas que a un centro de comando y control. La paulatina desaparición de los líderes históricos, como Quraishi, no afectará a las operaciones de las filiales regionales, pero puede terminar por enfriar las relaciones entre el centro y la periferia del movimiento yihadista internacional.

Desde la caída del Califato, Daesh ha conseguido extender su radio de acción por el Sahel, África Central y Oriental, África del Norte, Afganistán y Asia sudoriental con distinta fortuna, aprovechando los conflictos armados en los que se ven implicadas poblaciones musulmanas. La expansión de Daesh ha venido acompaña-

da también de una reactivación de la red de afiliados regionales de Al Qaeda, lo que ha provocado un aumento de los enfrentamientos entre ambas organizaciones en diversos teatros de operaciones.

La creciente inestabilidad en África se ha convertido en un caldo de cultivo para las organizaciones insurgentes de las que se nutren tanto Daesh como Al Qaeda. En Mali, Jamat Nusrat al Islam wa al Muslimin (JNIM), afiliada a Al Qaeda, y el Estado Islámico en el Gran Sahara (EIGS) han avanzado en los últimos años de forma decisiva, controlando partes del territorio y utilizando el mismo para lanzar ataques e incluso controlar territorios en los Estados vecinos de Níger, Burkina Faso y Chad. Ambas organizaciones luchan por el control de la ciudad de Gurma en Mali, que les daría acceso a las minas de oro y a las rutas comerciales con Bamako y el sur de Argelia. La reciente decisión de Francia de retirar sus tropas de Mali complica aún más el escenario en el Sahel, ya que probablemente la junta militar en Mali terminará negociando con ambas organizaciones. En Nigeria, el Estado Islámico de África Occidental (EIAO) asesinó en 2021 al líder de Boko Haram, el principal grupo insurgente del país, y trató de hacerse con el control de esta organización. Controla un territorio en el norte de Nigeria, desde el que ha comenzado a atentar en Camerún y Níger. En la República Democrática del Congo, las Fuerzas Democráticas Aliadas (FDA), afiliadas a Daesh desde 2019, controlan la provincia de Uvira, donde se encuentran las principales mi-

nas de oro del país, y se expanden por la región de Irumu. Aunque con distintos resultados, Daesh, y en menor medida Al Qaeda, también están presentes en Somalia, Uganda, Etiopía y Mozambique.

En el norte de África, Daesh ha ido perdiendo posiciones tanto en Libia, donde apenas quedan militantes de su organización, como en el Sinaí, donde la presión de las autoridades egipcias ha reducido drásticamente las capacidades del Estado Islámico en la Provincia del Sinaí (EIP). También se encuentra en horas bajas Al Qaeda en la Península Arábiga (AQPA) uno de los principales afiliados de Al Qaeda central, que solo mantiene una mínima presencia territorial en Yemen, donde se ha enfrentado a la filial de Daesh. En Siria, Daesh central se ha replegado a las zonas desérticas y ha utilizado la región del Idlib como lugar para esconder a sus dirigentes. La zona está controlada por Harakat Tahrir Al Sham (HTS), una escisión del EIIL que fue apoyada por Al Qaeda en su momento. Hoy HTS es un aliado de Turquía. Idlib se ha convertido en el último reducto de muchos grupos yihadistas que combatieron junto a Daesh durante el califato, como la organización Hurras Al Din, ligada hoy a Al Qaeda y enfrentada al HTS, o el Movimiento Islámico del Turkmenistán Oriental que cuenta con más de 1.000 combatientes en la zona.

EL REGRESO DE LOS TALIBANES

El regreso de los talibanes al poder en Afganistán ha suscitado una gran preocupación en la comunidad internacional ante la posibilidad de que brinde cobijo a Al Qaeda y sus afiliados y se convierta en un imán que atraiga combatientes terroristas de otras regiones. Sin embargo, lo que no hará el régimen talibán es dar cobijo a Daesh. Su filial en Afganistán, el Estado Islámico en Irak y el Levante-Khorassan (EIIL-K), se ha convertido en la principal amenaza para el nuevo gobierno afgano. El EIIL-K cuenta con unos 4.000 combatientes en el este de Afganistán y se ha fortalecido tras la liberación de unos 2.000 militantes tras un ataque a un complejo carcelario. Lleva

varios años enfrentándose con las fuerzas talibanes y atacando a diversas ciudades afganas, entre ellas Kabul. De hecho, el atentado suicida que sufrieron las fuerzas norteamericanas desplegadas en el aeropuerto de Kabul el pasado 27 de agosto fue obra de un comando del EIIL-K.

La enemistad del gobierno talibán contra Daesh deja a Al Qaeda central un cierto margen de maniobra para retornar a Afganistán. En el país se encuentran ya militantes de varios grupos yihadistas centroasiáticos que ayudaron a los talibanes a recuperar el poder, como la Yihad Islámica, Katiba Iman al Bukhari, el Movimiento Islámico de Uzbekistán o la propia Al Qaeda en el Subcontinente Indio, que gozan hoy de mayor libertad de movimiento en el país. Aunque todo dependerá de cómo evolucionen las relaciones entre los talibanes y EEUU, la lógica hace pensar que el gobierno afgano no permitirá que su suelo se convierta de nuevo en base para la realización de ataques contra Occidente. Ese fue el compromiso alcanzado con EEUU en las negociaciones de Doha que abrieron el camino a la retirada de EEUU de Afganistán.

UNA AMENAZA MENGUANTE, PERO REAL

En Europa se ha producido una disminución de la amenaza terrorista yihadista, fundamentalmente como consecuencia de la pandemia, que ha afectado profundamente a la circulación de personas y ha impedido viajar con normalidad. El nivel de alerta es moderado, aunque el asesinato de un miembro del parlamento británico en octubre de 2021 y la detonación de un artefacto explosivo en Liverpool en noviembre elevaron la alerta en el Reino Unido. Los ataques terroristas de los últimos años han seguido un patrón común: atentados realizados por jóvenes locales, psicológicamente vulnerables, que han participado en atentados recientes o frustrados, fascinados por la violencia extrema y por ende receptivos a la propaganda yihadista. Existe cierta preocupación por la eventual salida de la cárcel de terroristas que fueron condenados entre 2014 y 2016. También por las even-

tuales consecuencias del regreso de combatientes terroristas y sus familias a suelo europeo. 2.000 mujeres y 7.000 niños extranjeros se hacían en el campamento de Al Hawl en el noreste de Siria. Es el legado humano del califato. Si no se resuelve la situación de estas personas, se corre el riesgo de fortalecer a la organización a medio plazo. El hecho de que los residentes en estos campos, bajo el control social de Daesh, vivan en condiciones muy duras y rodeados de influencias radicales, puede hacer que los más jóvenes se conviertan en extremistas, aumentando en los próximos años y decenios la amenaza yihadista.

Daesh central sigue jugando un papel preponderante en el universo yihadista debido fundamentalmente a su capacidad para obtener fondos y su acceso a importantes recursos financieros líquidos. Aunque se hallan muy por debajo de los cientos de millones que gestionaban anualmente antes de su derrota territorial, la organización cuenta con unas reservas cifradas entre 25 y 30 millones de dólares que se nutren de la extorsión y los royalties a la extracción de petróleo en el noreste de Siria, los saqueos y secuestros que llevan a cabo en Iraq y Siria, y los dividendos de su propio entramado empresarial en Iraq. En todo caso, la reducción de ingresos ha afectado a los fondos que solían enviar a cada provincia y ha ralentizado el funcionamiento de la organización. El interés fundamental de Daesh central parece estar ahora en apoyar a sus afiliados en Afganistán, el EIIL-K, a quien recientemente realizó una transferencia de 500.000 dólares. Preocupa el uso que Daesh pueda estar haciendo de las criptomonedas, que se han convertido en un vehículo idóneo para eludir los controles financieros impuestos por la comunidad internacional.

El movimiento yihadista internacional sigue suponiendo una amenaza real, sobre todo en aquellos países en los que ha conseguido echar raíces aprovechando la creciente actuación de grupos insurgentes. Daesh sigue siendo la fuerza preponderante en el universo yihadista, pero es muy posible que Al Qaeda, con un nuevo liderazgo, le plante cara en los

próximos años. Sus enfrentamientos han debilitado al movimiento yihadista internacional. Habrá que ver cómo evoluciona la situación en Afganistán y tratar de evitar que Al Qaeda pueda volver a desarrollar capacidades para realizar un gran atentado en Occidente. Es especialmente preocupante la situación en África, donde la inestabilidad política, la crisis económica, y la desesperación de los más jóvenes dejan un sustrato abonado para la insurgencia y la expansión de los grupos afiliados a Daesh y Al Qaeda. Más difícil parece que Daesh central recupere a corto plazo el papel que tuvo a partir de 2014 con la creación del Califato en tierras de Siria e Iraq.

El EIIL no es hoy una amenaza estratégica. Se ha convertido en una organización vulnerable y frágil que no controla ya ningún territorio, cuyos principales líderes están siendo eliminados, que ha perdido el apoyo de la población local, y a la que le costará dejar de ser una insurgencia rural. No obstante, seguirá haciendo daño y podría volver con fuerza si el teatro de operaciones vuelve a desestabilizarse. Daesh puede crecer en las crisis estructurales, pero difícilmente las puede causar ya. ■

REFERENCIAS

Informe n. 29 del Equipo de Apoyo Analítico y Vigilancia de las Sanciones presentado de conformidad con la Resolución 2368 (2017), relativa al EIIL (Daesh), Al-Qaeda y personas y entidades asociadas. Consejo de Seguridad. 3 de febrero de 2022. Doc. S/2022/83

"As Islamic State Resurges, U.S. Is Drawn Back Into the Fray". *New York Times*, 25 de enero de 2022.

Anchal Vohra, "Qurayshi Is Replaceable". *Foreign Policy*, 2 de febrero de 2020.

Fawaz A. Gerges. "Qurayshi Death: The Islamic State Has Become a Resilient Insurgency". *Foreign Policy*, 7 de febrero de 2020.

Paul Rogers. "Is ISIS headed for a third wave of violence?". *Open Democracy*, 14 de febrero de 2022.

Aaron Lind. "U.S. Strike on Leader Further Sidelines ISIS". *The Century Foundation*, 4 de febrero de 2022.